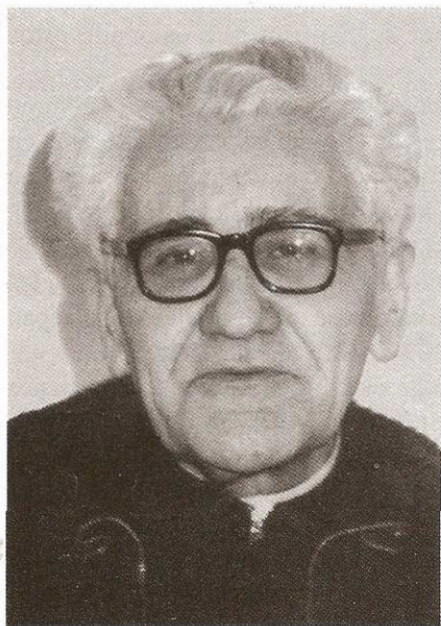


«Conciencia muy vivaz de intercesión»

ORACIÓN

para la devoción privada

Oh Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que tanto amaste a los hombres que nos diste tu misma vida en tu Hijo y el Espíritu Santo, viniendo los Tres a morar en nosotros; envíanos tu Espíritu, para que conozcamos el amor que nos tienes y creamos en él, de manera que nos impulse a dar la vida para la edificación de tu Iglesia Santa. Tú que hiciste a tu sacerdote JOSÉ RIVERA admirable por su confianza en tu gracia, concédenos por su intercesión el don de una vida intensa de oración y mortificación, por la que podamos gozar de la intimidad del Crucificado y salvar con Él a muchos hermanos. Que tu gloria brille en el reconocimiento de su santidad por parte de tu Iglesia. Concédenos por su intercesión el favor que ahora te pedimos... Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.



*Legado
José Rivera*

SIERVO DE DIOS

JOSÉ RIVERA RAMÍREZ

sacerdote diocesano

BOLETÍN Nº. 26

TOLEDO. ABRIL, 2008

De sus escritos...

Todo el rato, desde que he comenzado la oración, conciencia muy vivaz de intercesión. Así como nuestra comida, nuestro ejercicio, se realiza por medio de ciertos órganos concretos, pero aprovecha a la persona entera, así mi oración es oración de la Iglesia total, aunque ejercida por mí, si este yo que actúa se ejercita realmente como miembro, consciente y amorosamente, confiada y deseosamente, las luces y los impulsos recibidos caen eficaces sobre tantas personas como no pueden disfrutar de estas horas dichosas de intimidad divina. Y pienso, por supuesto, una por una en tantas personas conocidas, a quienes yo quisiera contemplar iluminadas; pero incluyo, sabiendo -saboreando- también su personalidad peculiar, en tantas otras desconocidas para mí en la tierra, pero perfectamente conocidas por Jesucristo, que es quien me mueve a la oración, quien en cierta manera verdadera, ora en mí, por su Espíritu que enciende estos inenarrables deseos.

Sí, estos interiores esclarecimientos centelleantes acerca de la comunión sacramental, aunque percibidos en estos momentos por mí solamente, frutarán en las comuniones de otra muchedumbre de cristianos, que carecen de esa gracia individual de vacar horas y horas a la contemplación de tales realidades superlativas. Así cuando escriba o hable, puedo obrar con el interno sentimiento de seguridad de que mi palabra cae sobre algo que interiormente poseen, aunque se hallen privados de la expresión racional humana manifestativa; y por ello, ni siquiera se sepan dueños de semejantes tesoros.

Ello anima mi esfuerzo; atiza mi deseo de oración. Garlen por ahí quienes quieran, declarándose contra el espiritualismo que nos lleva a los muy pocos a orar prolijamente; nosotros vivamos en esta intimidad ya consciente, y ciertamente humildísima, pues la oración misma aviva la conciencia de nuestra horrible, penosa situación deficitaria. No acortemos, sino prolonguemos más y más estos espacios nocturnos, estas horas de gracia, en que además alcancemos la capacidad de *acoger gozosamente, sin sensación de trabajo, sin tentación de sentimientos de generosidades soberbias*, a cualquiera de esos hombres por quienes hemos orado.

La comunión aumenta -y en su caso produce la primera- la gracia. Es decir, alimenta la vida sobrenatural. Voy ahondando y extendiendo este aprecio y este conocimiento y deseo de lo que significa participar de la naturaleza divina: ser divinizado. Voy sintiendo paulatinamente la pena de la desestima general de este don supremo; el ansia de que sea conocido, apreciado, buscado.

De nuestra memoria...

Debía de tener yo unos quince años cuando en la catedral de Toledo, mi hermano, señalándome una “figura” que me resultó rara, desaliñada, me dijo que era su director espiritual. Mi sensación fue de extrañeza y no pude por menos de esbozar una sonrisa, mezcla de ironía y de compasión: ¿cómo mi hermano podía haber elegido “semejante sujeto”, tan curioso, casi exótico, para director espiritual?

Un año después volví a tratar con Don José. Esta vez de cerca. Fue en un retiro de tres días. ¡Qué diferentes la realidad y la primera impresión! En esta ocasión mi sentimiento fue de un asombro inmenso. Todavía recuerdo una charla sobre Dios Padre; para mí aquello significó la apertura de un horizonte enorme en mi vida espiritual.

Desde entonces su presencia ha sido un estímulo indecible. El trato con él ha supuesto siempre un sumergirme en la sabiduría, la firmeza, la ternura, la paz, la misericordia... Su persona ha sido un sacramento del Dios firme, imperturbable. Hablar con Don José era —y es ahora más— hacer pie en la realidad, en una realidad estable. Siempre ecuánime, siempre alegre, siempre esperanzado.

Cada entrevista con él ha sido una manifestación de la entrañable ternura de Dios. Me asombró siempre su capacidad de acoger a la persona en cuanto persona, sin juicios, trascendiendo circunstancias, estados de ánimo, modos caracteriológicos, situación moral... él sabía mirar directamente al fondo último

de la persona. Y eso lo hacía con inmenso respeto, con imperturbable afecto, con inquebrantable esperanza. Hablar con él era ser confirmado en la certeza de que la apuesta que Dios ha hecho por mí no puede fallar, en la certeza de que la gracia de Cristo es victoriosa y acabará la obra de santificación que inició en el bautismo.

Me asombró —entre tantas otras cosas— su capacidad de comprender, de resaltar lo positivo, de relativizar situaciones y problemas... Y siempre con enorme paciencia. Jamás su comportamiento me dejó entrever que le cansaba o le molestaba. Todo lo contrario: mi presencia — como la de cualquier otra persona que recibía— era fiesta para él. Me ha acogido siempre como don de Dios, y como tal, inestimable.

Esa acogida nunca provocó apego: el trato con él siempre me ha remitido a Cristo; el diálogo con él ha estimulado un deseo mayor de diálogo con Dios; su afecto me ha impulsado a buscar con más ardor el afecto del Padre.

Nunca me agobió encorsetándome con planes, mandatos, prohibiciones... Ir a él significaba un estímulo en lo más profundo de mi persona para crecer según el plan de Dios, sin repetir esquemas de nadie, sin mimetismos de ningún tipo. Su presencia era —es— un viento de libertad.

Doy gracias a Dios por este hombre, por este sacerdote, que en la tierra ha sido testigo de la luz, y a quien después de su muerte no ceso de percibir como intercesor.

José Manuel Alonso Ampuero, pbro.

Agradecen favores...

M^a Teresa B.R. (Toledo): Tengo un hijo que durante muchos años, desde jovencito, ha tenido problemas con el alcohol y las drogas. No encontrábamos solución: ingresado en numerosos centros para toxicómanos, apenas salía, volvía a recaer. Desde que conocí por referencias a Don José, ya que no he tenido la suerte de tratarlo personalmente en vida, me dediqué con toda la fe y toda el alma a encomendarle la recuperación de este hijo, ya que cada vez estaba peor. Hasta que un día, por un milagro (que él mismo reconoce), cambió totalmente. Hoy es un hombre distinto, con unas inmensas ganas de vivir, y yo estoy convencida de que ha sido gracias a la intercesión de Don José Rivera. ¡Gracias infinitas por este favor recibido!

M.F.M. Pantoja (Toledo): Soy una madre que tiene un hijo con diabetes desde los tres años. Mi hermana, que era devota de Don José Rivera, lo encomendó a él pidiendo la curación de mi hijo. Le puse una estampa debajo de su sábana (con 25 años todavía la tiene). A los 17 años tuvimos que ingresarle varias veces por complicaciones renales. Necesitaba diálisis. Se pueden figurar lo que esto significó para toda la familia. Estuvo así un año y medio. El caso es que gracias a Dios y a Don José mi hijo ya no precisa de diálisis. Lleva más de un año sin ese tratamiento. Quería comunicar este favor para animar a otras personas a pedir su intercesión. Mi familia se ha sentido ayudada. Don José: una madre agradecida al cielo.

C.D.C. Fuensalida (Toledo): Agradezco al Señor la intercesión de Don José en este caso. Han pasado tres años desde que a mi madre le diagnosticaran un grave problema

en un órgano. Ha sido muy duro para ella. Desde el principio se encomendó a Don José. Junto a Cristo ha soportado fuertes pruebas y raros problemas originados por la enfermedad que ni los médicos entendían. Nunca habían visto algo así. Jamás la he visto perder el ánimo ni las fuerzas; ha demostrado una vitalidad que sólo Dios puede dar. Tanto ella como yo pedíamos intensamente a Don José que intercediera, sobre todo para que los médicos dieran con la solución. Y así fue después de tres operaciones de las que se ha recuperado sorprendentemente. Hoy se encuentra muy bien y alguno de los médicos ya le ha dado el alta. Don José una vez más ha intervenido en nuestra familia y por ello le damos gracias a Dios.

MISA POR EL XVII ANIVERSARIO DE LA MUERTE DEL SIERVO DE DIOS JOSÉ RIVERA RAMÍREZ

Presidida por el Obispo de Cienfuegos (Cuba), D. Domingo Oropesa, se celebrará el próximo 25 de ABRIL, a las 20 h., en la iglesia de San Bartolomé (donde está la sepultura de D. José)

30 Cuadernos: escritos de D. José o sobre él (Distrib. gratuita) **Predicación oral** de D. José (DVD's o CD's - 25 euros) (Pedidos: Fundación «José Rivera». Ap. 307. 45080 Toledo. Donativos: Banco Central Hispano C/C 0049-2604-41-1811068090).

www.jose-rivera.org/
fundacionjoserivera@gmail.com

Rogamos comuniquen a esta Postulación las gracias obtenidas por la intercesión del Siervo de Dios José Rivera.

CAUSA DE CANONIZACIÓN
D. JOSÉ RIVERA RAMÍREZ
Apdo. 307. 45080-TOLEDO.

Imprimatur: ✠ Antonio Cañizares,
Cardenal Arzobispo de Toledo
25 de marzo de 2008